

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

SEGUNDO PERIODO ORDINARIO DE LA XLIV LEGISLATURA

3ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL DOCTOR HUGO BATALLA
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑORES MARIO FARACHIO Y MARTIN GARCIA NIN

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 15 de mayo de 1996.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria a solicitud de varios señores Legisladores, el próximo lunes 20, a la hora 17, a fin de informarse de los asuntos entrados y considerar el siguiente

ORDEN DEL DIA

Homenaje al ex Presidente de la Cámara de Representantes don Héctor Gutiérrez Ruiz, y al ex Senador don Zelmar Michelini, con motivo de cumplirse el vigésimo aniversario de su fallecimiento.

Martín García Nin, Mario Farachio. Secretarios."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Marina Arismendi, Danilo Astori, Jorge Batlle, Luis Brezzo, Alberto Cid, Alberto Couriel, Sergio Chiesa, Susana Dalmás, Hugo Fernández Faingold, Jorge Gandini, Reinaldo Gargano, Luis Hierro López, José Korzeniak, Luis E. Mallo, Rafael Michelini, Carlos Julio Pereyra, Luis B. Pozzolo, Américo Rical-**

doni, Wilson Sanabria, Walter Santoro, Helios Sarthou, Albérico Segovia, Orlando Virgili, y los señores Representantes **Marcos Abelenda, Mario Acosta, Julio Aguiar, Alvaro Alonso, Guillermo Alvarez, Roque Arregui, Alejandro Atchugarry, Bernardino Ayala, Héctor Azeves, Pedro Balbi, Carlos Baráibar, Gabriel Barandiarán, Raquel Barreiro, José Bayardi, Ricardo Berois Quinteros, Luis Batlle Bertolini, Yolanda Betancour, Luis Alberto Bolla, Gustavo Borsari Brenna, Brum Canet, Omar Castro Riera, Jorge Coll, Daniel Corbo, Gabriel Courtoisie, Silvana Charlone, Guillermo Chifflet, Daniel Díaz Maynard, Adolfo Falero, Ricardo Falero, Yamandú Fau, Alejo Fernández Cháves, Ruben Ferreira Cháves, Luis Fontes, Carlos Gamou, Alem García, Javier García, Daniel García Pintos, Arturo Guerrero Silva, José Hualde, Doreen Javier Ibarra, Carlos Lago, Julio Lara, Dimar Larroque, Félix Laviña, Carlos Lazcano, Ramón Legnani, Jorge Machiñena, José Mahía, Felipe Michelini, Ricardo Molinelli, León Morelli, José Mujica, Leonardo Nicolini, Ruben Obispo, Jorge Orrico, Claudia Palacio, Agapo Luis Palomeque, Gustavo Penadés, Ramón Pereira Pabén, Gonzalo Piana Effinger, Humberto Pica Ferrari, Enrique Pintado, Carlos Pita, Iván Posada, Juan Carlos Raffo, Eduardo Rodino, Enrique Rubio, Fernando Saralegui, Edison Sedarri Luaces, Víctor Semproni, Guillermo Stirling, Pedro Suárez Lorenzo, Carlos Testoni, Daisy Tourné** y **Jaime Mario Trobo.**

FALTAN: con licencia, los señores Representantes **Juan Federico Bosch, Ariel Lausarot** y **Juan A. Singer.**

Con aviso, los señores Senadores **José Andújar, Carlos M. Garat, Luis Alberto Heber, Dante Irurtia, Ignacio Posadas Montero, Nicolás Storace,** y los señores Representantes **Washington Abdala, Luis A. Andriolo, Fernando Araújo, Daniel Arena, Jorge Chápper, Eber Da Rosa Viñoles, Carlos Dos Santos, Roberto Dotti, Mario L. Espinosa, Luis José Gallo Imperiale, Arturo Heber Füllgraff, Pedro L. Hernández, Julio C. Matos Pugliese, Martha Montaner, Silvio Núñez Guerra, Julio Olivar Cabrera, Jorge Pacheco Klein, Darío Pérez, Yeanneth Puñales Brun, Diana Saravia Olmos, Roberto Scarpa, Carlos Soria** y **Walter Vener Carboni.**

Sin aviso, el señor Senador **Pablo Millor.**

3) TEXTO DE LA SOLICITUD DE CONVOCATORIA

"Montevideo, 14 de mayo de 1996.

Señor Presidente de la
Asamblea General
Dr. Hugo Batalla
Presente

Los Legisladores que suscriben, solicitan la convocatoria de la Asamblea General, en sesión extraordinaria, para el día 20 de los corrientes, a la hora 17:00, a fin de considerar el siguiente orden del día.

Homenaje al ex Presidente de la Cámara de Representantes don Héctor Gutiérrez Ruiz, y al ex Senador don Zelmar Michelini, con motivo de cumplirse el vigésimo aniversario de su fallecimiento.

Nicolás Storace, Walter Santoro, Luis Eduardo Mallo, Carlos Garat, Sergio Chiesa, Jorge Gandini, Alem García, Fernando Araújo, Omar Castro Riera, Humberto Pica, Carlos Lazcano, Carlos J. Pereyra, Juan C. Raffo, Gustavo Formoso, León Morelli, Héctor Azeves, Gonzalo Piana Effinger, Pedro Suárez Lorenzo, Jorge Chápper, Ricardo Berois Quintero, Daniel Corbo, Alvaro Alonso, Silvio Núñez Guerra, Edison Sedarri Luaces, José C. Cardoso, Gustavo Penadés. Legisladores".

4) HOMENAJE AL EX PRESIDENTE DE LA CAMARA DE REPRESENTANTES DON HECTOR GUTIERREZ RUIZ, Y AL EX SENADOR DON ZELMAR MICHELINI, CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL VIGESIMO ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO

SEÑOR PRESIDENTE. - Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 17 y 12)

-La Asamblea General se reúne en sesión extraordinaria a solicitud de varios señores Legisladores, a los efectos de rendir homenaje al ex Presidente de la Cámara de Representantes don Héctor Gutiérrez Ruiz, y al ex Senador don Zelmar Michelini, con motivo de cumplirse el vigésimo aniversario de su fallecimiento.

Dése cuenta de una nota que ha hecho llegar el señor Legislador Posadas Montero.

(Se lee:)

"Montevideo, 20 de mayo de 1996.

Señor Presidente de la
Asamblea General
Dr. Hugo Batalla

De mi mayor consideración:

Dejo constancia de la imposibilidad de concurrir a la Asamblea General, citada para el día de hoy por motivos particulares.

Saludo al señor Presidente con mi más alta estima.

Dr. Ignacio Posadas Montero Senador."

-Dése cuenta de una nota que ha cursado el señor Legislador Heber.

(Se lee:)

"Montevideo, 20 de mayo de 1996.

Dr. Hugo Batalla
Presidente
Asamblea General

De mi consideración:

Motivos de salud me impiden concurrir para dar testimonio de mi rechazo y dolor por los hechos ocurridos hace veinte años. Pasará mucho tiempo, pero para mí, mi familia y mi Partido; el Toba y Zelmar no serán olvidados.

Lo saludo muy atentamente,

Luis A. Heber. Senador."

-Tiene la palabra el señor Legislador Rafael Michelini.

SEÑOR MICHELINI (don Rafael). - Señor Presidente: la Asamblea General se reúne en el día de hoy para homenajear a dos figuras de una magnitud que quizás las nuevas generaciones todavía no alcancen a comprender.

He pedido a los compañeros del Nuevo Espacio me permitan rendir este homenaje, dentro de mi capacidad y de mi sabiduría, con las palabras de quien en esta fecha recuerda lo que fueron estos últimos veinte años y, sobre todo, aquel 20 de mayo de 1976. Con un esfuerzo sobrehumano, intentaré dar el tono y el lugar que corresponde a aquellos acontecimientos que vivió el país y que tienen a estas dos personalidades, Gutiérrez Ruiz y Michelini, como parte fundamental de ese escenario.

Deseo trasmitir a la Asamblea General que, más allá de los partidos y las colectividades que integraron y de los líderes y figuras que siguieron, Gutiérrez Ruiz y Michelini no murieron por ellos. Murieron por los demás, es decir, por nosotros.

En su prédica permanente de combate a lo que fuera el régimen de facto, la dictadura militar, frente a la usurpación del poder por parte de las Fuerzas Armadas, Héctor Gutiérrez Ruiz, Zelmar Michelini y Wilson Ferreira Aldunate daban una pelea incansable en la ciudad de Buenos Aires, junto con miles de orientales que luchaban tanto en la vecina orilla como dentro de nuestro país.

Queremos rescatar en estos minutos que este no es un homenaje partidario ni de divisas; no refiere a los recuerdos que en general se mencionan, sino que está centrado en el valor supremo de la defensa de la libertad, de las instituciones, de la democracia, de la vida y de los derechos humanos. Sin ánimo de polemizar y más allá de reconocer la opinión de todos, debo decir que este humilde servidor y muchos uruguayos creemos que el mejor homenaje que se puede rendir a figuras de la talla y de la magnitud de Gutiérrez Ruiz y Michelini es el de la verdad. Por supuesto que los homenajes parciales que permanentemente tributan la familia y los partidos en los cementerios tienen real magnitud -en el día de hoy tuve oportunidad de escuchar al Doctor Volonté, quien, rindiendo un homenaje a Héctor Gutiérrez Ruiz, ponía énfasis en el tema de la reconciliación- pero el que estamos tributando en la tarde de hoy tiene gran magnitud porque no todos los días se reúne la Asamblea General para homenajear a figuras de nuestro país. La marcha que se llevará a cabo en la tarde de hoy, inclusive, es un homenaje parcial que tiene como objetivo la reafirmación de nuestras instituciones, de la libertad, de la democracia, de los derechos humanos, de la vida, de la cohabitación, de lo que es la convivencia civilizada entre los hombres y las mujeres de un país que se siente digno de desarrollar para las nuevas generaciones un porvenir de paz y de tranquilidad.

Su prédica y su lucha fueron venciendo muchas cosas. Seguramente otros homenajes que se tributarán a Zelmar Michelini y a Héctor Gutiérrez Ruiz durante el desarrollo de esta sesión, lograrán una ilustración más profunda que la que puede dar quien habla; pero sépase que es mi intención rescatar un elemento central: el sentido humano de estas figuras, que tuvieron que vencer el temor reinante en el conjunto de la población y de los exiliados en Argentina para poder predicar la lucha que llevaban adelante.

Creo que este es un aspecto digno de ser rescatado en figuras que terminaron de esta manera. Podrían haber salvado sus vidas, tal como hicieron otros que también eran buscados y perseguidos como ellos. Es en este sentido que tenían que vencer el temor, sobreponerse a él; era un momento en el que por decir las cosas que ellos decían se pagaba con la vida, como ocurrió en su caso. La defensa de los derechos humanos, de las libertades, de las instituciones, intentar que la familia de un perseguido pudiera encontrarse con él, era entonces, en esa época y en ese contexto, una tarea difícil y compleja. Y ahí estaban el Toba y Zelmar, peleando día a día para lograr que una familia se reencontrara con un familiar o para que le llegaran noticias, si estaba preso, de en qué lugar y en qué condiciones se hallaba.

Claro, ahora las cosas son fáciles. Entonces, se hace necesario rescatar la valentía y el coraje que ellos tuvieron en el marco de las condiciones reinantes para trasmitir al conjunto de la opinión pública de ese momento, que valía la pena luchar, que era importante luchar por los derechos humanos y por las libertades, que las instituciones no eran una cosa baladí. Todo ello implicaba para alguien como Gutiérrez Ruiz o Michelini, que tenían hijos chicos, estar dispuestos a arriesgar su tranquilidad familiar en pos de valores supremos que en cierta medida han impregnado la sociedad uruguaya.

Yo sé que todos recordamos las características de su muerte y también sé que cada palabra que quien habla pudiera verter para la caracterización y el reconocimiento de lo que fue su martirio, podría generar incomprensión.

Por lo tanto, me remito a las palabras de otros -mucho más dignos que yo- para identificar el momento que se vivía y cómo se fueron apagando sus vidas frente a la acción de sus asesinos. Me voy a remitir a leer un breve pasaje de las palabras pronunciadas por el señor Legislador Hierro Gambardella en 1985, en el ámbito de la Asamblea General. Decía así: "Bien, señor Presidente. He estado repasando -no he tenido más remedio que acercarme a donde no quería-" -porque todo el que hace un homenaje termina acercándose a lo que fueron los hechos; no podemos sustraernos a los hechos- "las lecturas sobre los cálculos y posibilidades de lo que ocurrió con Michelini y Gutiérrez Ruiz en esos días tremendos desde su rapto hasta su muerte. Me encuentro con que eso tiene el mismo absurdo que tenían las obras de Kafka. Cuando llega un hombre a la casa, al lugar donde está Michelini y le dice: 'Zelmar, ha llegado tu hora', tal vez se lo dice hasta con ternura -perdóneseme la exageración verbal-porque es un alma encenegada, hasta tal punto que no sabe nada de amor y de odio. Ese hombre cree que hay alguien, que es más que Dios o la naturaleza, que ha marcado la hora de Zelmar Michelini y cumple con ese designio monstruoso como si fuera un mandato de algo superior a sí mismo. Hay alguien en un lugar sombrío y escondido -alguien que algún día sabremos quién es- que puso su dedo de ciénaga y dijo: 'Esta es la hora de Zelmar Michelini'. Y hubo hombres que salieron, oscuros, en una gran ciudad, disfrazados de vileza, raptaron a dos uruguayos y los mataron. Y esto, señor Presidente, que corta el corazón de nosotros, esto es el fascismo, esto es el nazismo. Cuando se dice con alegría formal de almanaque que hace tantos años que derrotamos al fascismo y al nazismo, ahí lo estamos viendo: la muerte de Michelini y Gutiérrez Ruiz es el producto exacto y estricto de aquel sueño sombrío de Franz Kafka, que luego se llamó el fascismo".

Enganchando con las propias palabras de Hierro Gambardella, dice el señor Senador Zumarán: "Y todos los esfuerzos -como el que relató don Hierro- con hombres de todos los partidos reunidos en mi casa, se repitieron durante todos estos años en cientos de casas, en cientos de lugares entre blancos, colorados, frenteamplistas, cívicos, hombres sin partido, políticos, dirigentes gremiales, todos juntos nos encontramos peleando por la libertad de esta tierra. Porque la dictadura nos unió en el dolor, en sus crímenes, y no hay dolor y crimen mayor que haber matado juntos al Toba y a Zelmar". Eso fue lo que hizo la dictadura militar.

Así como cuando se homenajea a una persona se va en busca de los hechos, creo que también se va en busca de la esperanza, esa misma esperanza que estos dos hombres tenían en las conversaciones que se realizaban en ese mismo momento entre integrantes del propio Gabinete ministerial con Wilson Ferreira Aldunate y con toda la oposición. Y había esperanza; esperanza de un mundo mejor, de una democracia, de recuperar las instituciones y de dar salidas al país, en paz y en concordia.

En función de eso, señor Presidente, el homenaje que tributamos hoy, y en forma permanente, a estas personas, por la dignidad y dimensión que han tenido, se inscribe en ese homenaje superior que consiste en llevar su lucha a su culminación. Los homenajes se realizan en forma permanente; eso es lo que hacemos todos cuando homenajeamos a una persona: homenajear es seguir su lucha. Y había una prédica especial de estos dos uruguayos, hombres de trabajo que no tenían fortuna: uno con su actividad en el diario, y otro con un almacén. Luego de sus horas de trabajo intentaban ayudar a todos los uruguayos. Se habían convertido en puntos de referencia permanente para poder trasmitir tranquilidad, calma y esperanza a quienes como exiliados y perseguidos venían a hablar con ellos.

Y hubo también una característica muy singular que en este momento deseo recordar en forma especial, que era la firmeza con la que mantenían sus convicciones y la información y las pruebas con que hacían sus denuncias. Sépase que en cada una de las denuncias que realizaban no había hombres más duros que ellos en afirmar y en adjudicar responsabilidades a las instituciones.

Y en ese momento, hasta las propias Fuerzas Armadas fueron muy cuidadosas en expresar responsabilidades individuales, en nombrar personas, en nombrar Oficiales, en tener un sentido de responsabilidad suprema, en entender que la propia reconciliación del país pasaba por no someter a nadie al escarnio público y, salvo que hubiera un juez, eran conscientes de lo que podía significar intercambiar responsabilidades.

Yo creo que de la acción de estos dos hombres luchadores, de firmes convicciones, hay que rescatar varios elementos que también se trasmiten a toda la sociedad: sabían que los otros, más allá de que tenían uniforme y les estaban enfrentando, eran hombres de familia que tenían hijos, que se sentían tan nacionales, tan uruguayos y tan patriotas como los demás. Y hay que subrayar la percepción que quienes hoy homenajeamos tenían de la realidad -que muchas veces no se hace constar- mostrando el perfil diferente de dos personalidades, más allá de cuándo nacieron y de cuáles fueron los distintos partidos en los que militaron. Hay que destacar la profunda sensibilidad con que abordaban los diversos temas, inclusive la firmeza con que hacían las denuncias por derechos humanos; el respeto por el otro, porque ese "otro" éramos todos nosotros y también el propio futuro del Uruguay, en el cual, sin duda, los dos estaban embarcados.

Hemos hecho y vamos a hacer todos un esfuerzo de brevedad en estos minutos -en la medida en que tenemos otros compromisos- para sumar nuestras palabras a este recordatorio que es el homenaje a su lucha.

Quiero terminar haciendo referencia a las palabras de Zelmar Michelini en el Tribunal Russell en el año 1974. Era un hombre que no iba con medias tintas, que iba de frente, que hablaba claro; nadie tenía dudas acerca de dónde estaba, más allá de si era comprendido o no, de si se estaba de acuerdo o no con lo que expresaba. El decía: "Acusamos a la dictadura

uruguaya, a los civiles con cargo, a las Fuerzas Armadas sin excepción, de haber arrasado las instituciones, conculcado las libertades, mancillado la tradición oriental, violado la Constitución, las leyes, los acuerdos internacionales; los acusamos de haber perseguido, acosado, torturado, vejado y asesinado a su pueblo, transformando las cárceles en lugares de sufrimiento y escarnio; de haber desencadenado el terror (...)" Más adelante expresaba: "Sólo queremos que nuestra verdad se sepa (...) en todos los rincones del mundo (...)" Y terminaba sus palabras diciendo: "En este Tribunal Russell 2º representamos a los que no pueden venir porque han desaparecido de la faz de la tierra, asesinados por el régimen. A los que no pueden llegar porque han sido mutilados. A los que no pueden hacerse oír porque sus mentes se cerraron para siempre, víctimas de los tormentos padecidos. Nuestra voz es la de todos aquellos que habiendo sufrido no pueden gritar su rebeldía y proclamar su lucha. Pero no sólo es una voz de acusación y de condena. Es también y siempre una voz de esperanza y de fe".

Siento, señor Presidente, que muchas veces en esto juega el azar y la suerte. Algunos hombres tuvieron la suerte de "zafar", habiendo sido tan enemigos del régimen y tan implacables en condenarlo como Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini, como es el caso de Wilson Ferreira Aldunate. A ellos les cupo la suerte que al propio Wilson Ferreira Aldunate le podía haber tocado; porque no había miramientos de parte de la dictadura militar.

A pesar de que la vida y el azar terminaran cosas -más allá de que haya quien apriete el gatillo y quien dé la orden-creo que había una lucha inmensa por parte de ellos para ponerse al frente y no dejar que lo hiciera el ciudadano común. A veces nos trasmitían a la familia: "Si nosotros, Diputados" -por Gutiérrez Ruiz- "si nosotros, Senadores" -por Zelmar Michelini- "no nos ponemos al frente y hacemos las denuncias, si no reclamamos por la reinstitucionalización del país para que existan las libertades, ¿qué vamos a dejar al hombre común, a aquellos que no han tenido fueros, a aquellos que no han tenido representación, a aquellos que no se han sentado en la Asamblea General como dignos representantes de su pueblo?". Ahí estaba la ayuda a la familia, ahí estaba la búsqueda del desaparecido y ahí estaba el dato que permitía aliviar el dolor familiar.

En busca de esos valores, de la verdad, de la reconciliación, de la paz, de la memoria, el verdadero homenaje es luchar todos los días por el ideal de estas dos figuras -que la historia uruguaya no va a olvidar- que permanentemente golpea nuestras conciencias para decirnos dónde está el camino, para orientar nuestros pasos y para que en Uruguay -con paz y con reconciliación- nunca se vuelvan a repetir los hechos que segaron sus vidas.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor Legislador Chifflet.

SEÑOR CHIFFLET. - Señor Presidente: en la noche de ayer, cuando un amigo entrañable de años -compañero de luchas, de objetivos, de ideales- me llamó por teléfono y me dijo que sugeriría mi nombre para hablar por el Encuentro Progresita en la sesión de hoy, aun sabiendo que habían otros más capaces, con más hondura de pensamiento y quizá con más información, igualmente acepté de inmediato. Pensé que lo mejor era, en primera instancia, hablar de corazón abierto y evocar algunas de las múltiples imágenes que nos llegan hoy nuevamente y que -lo confieso- tenemos presentes con frecuencia en las sesiones que se realizan en esta Sala.

Evoco, por ejemplo -y me parece ver allí- en las filas más altas -hoy sé perfectamente que más altas en todo sentido- del Partido Nacional, la figura de Héctor Gutiérrez Ruiz. Algunos de sus planteamientos eran de un nacionalismo con grandeza, integrado a la fraternidad de los pueblos, a los ideales de una gran patria latinoamericana a la que vio -con su correligionario Héctor Lorenzo Ríos- como el sindicato de los pueblos pobres, en una actitud lúcidamente antiimperialista y siempre alerta, vigilante ante la acción de los grandes monopolios surgidos en las naciones ricas. Lo veo en la Presidencia de la Cámara de Diputados, en el sillón que hoy ocupa el Vicepresidente de esta República democrática, cuya democracia todos defendemos con fervor no sólo por ser demócratas, sino porque conocemos -por haberlas vivido- las consecuencias de su eclipse o de su ausencia. Lo veo allí, dirigiendo con voz grave -siento su voz- con inteligencia y ecuanimidad, sesiones que eran, sin ninguna duda, difíciles y, por momentos, turbulentas.

Evoco hoy su coraje en múltiples ocasiones:

Por ejemplo, la noche en que circuló el rumor de que se había producido un tiroteo -como se dijo en primera instancia con falsedad- en la sede del Partido Comunista, lo veo en el intermedio de la Cámara, saliendo junto con algunos Legisladores hacia el lugar para enfrentar la arbitrariedad ya desbordada. Lo recuerdo en "El Debate", en una etapa realmente brillante de ese diario, muy informado en ese momento -el cual dirigió junto a Juan Carlos Furest y a una figura también entrañable, el Doctor Diego Terra Carve- cuyos editoriales, en muchos casos, nacieron de su pluma. Cuando fue clausurado -como ocurrió en más de una oportunidad- el propio Gutiérrez Ruiz con otros Legisladores del Partido fueron a la calle desafiando la arbitrariedad de la censura y vendiendo ellos mismos el periódico en plena ciudad. ¡Cómo no evocar entonces permanentemente su figura y la de Zelmar Michelini!

Recuerdo a Zelmar cuando lo vi las primeras veces, desde la barra, en las primeras bancas de las filas batllistas con un grupo de jóvenes que irrumpió con ánimo renovador en esa organización política.

Varios de los que estamos aquí, funcionarios y muchos de quienes lo vimos actuar, recordamos permanentemente su actitud de simpatía, su fraternidad, su trato igualitario, su grandeza. A medida que desarrolló su acción política templó su ideario y su actitud. Su figura y su pensamiento crecieron

cada vez más en los debates hasta que llegó un momento en que muchos, que han conocido a múltiples oradores en esta tierra, lo llegaron a considerar, sin duda con razón, como uno de los primeros y de los más grandes de todos los tiempos en este Parlamento.

Con el mismo rumbo por lo que entiendo hondamente como fidelidad a sus ideas, primero se apartó, formó su propio grupo dentro de filas y posteriormente fue uno de los pioneros y cofundadores de nuestra organización política, el Frente Amplio.

En una entrevista para "Siete Días", que le efectuó el entonces periodista Antonio Mercader -antes aún de la fundación del Frente Amplio- se plantean un par de preguntas que voy a leer junto con las respuestas.

Dice el periodista: "Por su labor en el Parlamento demostró siempre gran interés por la política internacional. En grandes líneas: ¿cuál es su orientación en la materia?". Subrayo su respuesta por lo que tiene de común con la otra gran figura que hoy homenajeamos, Héctor Gutiérrez Ruiz. En efecto, Zelmar contesta: "Creo que la verdad está en los bloques no comprometidos que deben formarse al margen de las grandes potencias. Para el caso de América Latina pienso que no hay organismo más nefasto que la OEA. Mientras Norteamérica la integre, siempre será un organismo dirigido desde Washington. Por esa razón hay que abandonarlo para formar un nuevo organismo por medio del cual los países latinoamericanos puedan negociar con Norteamérica en igualdad de condiciones. Esta posición nace de una concepción antiimperialista acorde con la tradición de mi país y con las ideas de hombres como José Batlle y Luis Alberto de Herrera". El periodista le dice: "Sorprende que un batllista invoque al desaparecido caudillo blanco Luis Alberto de Herrera", a lo que Zelmar responde: "¿Por qué? Era un uruguayo con ideas precisas en este terreno. Además, uno comprende a su país en la medida en que interpreta su pasado y corrige errores de concepción. Hoy, por ejemplo, participo en ideas del revisionismo histórico que años atrás hubiera rechazado. Figuras como Juan Manuel de Rosas se han rehabilitado ante mis ojos. Algo similar me ocurre con Perón". El periodista le plantea lo siguiente: "Al escindirse, ¿pensó que los precedentes en materia de desprendimientos de los grandes partidos desembocaron casi siempre en el fracaso?". Zelmar contesta: "No sirven los precedentes. Trabajamos con un nuevo Uruguay que exige otras fórmulas de salvación nacional. Encontrarlas es tarea de este Frente que vamos a formar y que será" -agrega proféticamente- "el tercer partido que reclaman los uruguayos".

Luego sigue con algunas puntualizaciones políticas, en las que no pretendo entrar. No sería saludable ni lógico hacerlo en esta sesión, en la que buscamos, sin ninguna duda, un común denominador de todas las fuerzas políticas para un homenaje que, a no dudarlo, es nacional.

Evoco en Gutiérrez Ruiz y en Zelmar Michelini -sobre todo- una virtud: el coraje. Virtud moral que significa no permitir que el riesgo o el peligro atenúe, destemple o lleve a ocultar las ideas.

Muchas veces, frente a las amenazas y a los rumores que poblaban los pasillos de este recinto, Michelini siempre decía su verdad sin ambages, claramente.

Se sabía -como ha dicho brillantemente Rafael Michelini- cuál era su pensamiento, dónde estaba, cómo se ubicaba, cuáles eran sus objetivos, que sin duda alguna, siempre eran de paz, anhelando mejoras, progresos para el país.

Un libro de César Di Candia, "Ni muerte ni derrota", cita en los testimonios que recoge, un hecho que revela cómo, hasta último momento, desafió todos los peligros. Y lo hizo con absoluta lucidez, con plena conciencia.

Apenas voy a leer dos párrafos. Se trata de una correspondencia fechada el día 30 de marzo de 1975 en la que Zelmar dice: "Los compatriotas me abruman, interesándose por mí y recomendándome que haga algo; que me vaya, que me asile", etcétera.

"Me ven muerto o preso, y eso, la verdad, no me ayuda mucho, puesto que yo paso por desaprensivo o inconsciente".

Luego se refiere a sus preocupaciones. A lo largo de esta correspondencia se ven las angustias de Michelini ante las torturas a las que era sometida su hija Elisa.

Y aquí dice: "Tengo más tranquilidad, pues he solucionado un problema que siempre me preocupó. Si a mí me pasa algo, mi gente, los chicos, quedan en banda".

"Desde el punto de vista económico, es la tragedia de las tragedias. Pues bien, junté unos pesos que tenía; pedí otros prestados y compré un negocito de venta de golosinas y cigarrillos en un buen lugar. Lo trabajarán mis hijas, Cecilia e Isabel, con sus esposos, y el producido será para todos. Esto me ha dejado más tranquilo y me parece una buena solución. Y ya veremos qué pasa con mi documentación y con mi situación aquí".

Como se sabe, a Gutiérrez Ruiz y a Zelmar Michelini les habían quitado los pasaportes. De hecho, se les obligaba a anclarse en Buenos Aires o a asilarse. Sin duda, ésta era una situación a la que no querían acogerse debido a las dificultades económicas y, en el caso de Michelini; para no estar más lejos de su familia. Estos mismos conceptos -voy a leer apenas algunos versos- los recoge Benedetti en su poema "Zelmar", pieza que permanecerá en la historia de su obra, ya integrada a la literatura nacional como una de las más hondas y hermosas.

Dice Benedetti:

"y trabajaba siempre
noche y día
quizás para olvidar que la muerte miraba

de un solo manotazo espantaba sus miedos
como si fueran moscas o rumores
y pese a las calumnias las alarmas
su confianza era casi indestructible
llevaba la alegría siempre ilesa
de la gente que cumple con la gente
sólo una imagen lo vencía
y era la hija inerme
la hija en la tortura", etcétera.

Aquí está, presente otra vez -habría miles de testimonios- el coraje que yo subrayo en Gutiérrez Ruiz y en Zelmar Michelini.

No insistiré, reitero, en lo que pudieran ser diferencias esenciales entre sectores sociales y partidos.

En primer lugar, no lo haré porque ésta no es una sesión de debate. Y no me gustaría -aun con las palabras de Zelmar- atacar a otros sectores que no están en este momento en condiciones -ni sería lo sensato- de entablar polémica.

Quiero referirme a algunos textos de Zelmar con los que sin duda muchos estamos de acuerdo, porque con los luchadores sociales ocurre lo que señala Lenin en su obra "El Estado y la revolución": en vida se los combate, se les persigue, se les obliga a exilios, se les ataca hasta con odio salvaje. Después de su muerte se intenta convertirlos en íconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria para quitar contenido a sus ideas, a su prédica, tratando de mellar, así, sus filos más hondos y transformadores.

Por cierto, yo no desearía que pasara lo mismo con las figuras que homenajeamos hoy. Creo que el mejor consejo que podemos dar a los jóvenes, a las sucesivas generaciones que sumarán sus reflexiones sobre la historia de los años sombríos, es que lean los textos, los artículos, los ensayos, los escritos, los libros; en fin, que conozcan el pensamiento de estos hombres.

Durante el último verano tuve oportunidad de releer la historia en textos más modernos, concretamente el de Caetano y Rilla. Tienen una técnica muy interesante: junto a la explicación de los hechos y de sus causas y consecuencias, también insertan documentos, testimonios de cada momento, de cada época.

Sinceramente, yo pensé que debía proponer que todos escucháramos hoy en silencio la grabación de las palabras que Zelmar Michelini pronunciara ante el Tribunal Russell y sin duda todos, en lo hondo de nuestros corazones, asistiríamos a una radiografía casi perfecta del instante en que vivió, sin odios, sin rencores, pero enjuiciando y diciendo las cosas como se deben decir.

Leo apenas algún párrafo de ese juicio ante el Tribunal Russell. Al asumir la defensa de los derechos humanos y denunciar a la dictadura ante ese Tribunal, expresa que hay toda una literatura que explica acabadamente cómo, en muchos torturadores, se da el placer sádico de castigar a un ser humano. Pero cometeríamos un error imperdonable -señala- si creyéramos que el Ejército uruguayo practica la tortura como una desviación moral, aunque lo sea, o como consecuencia de una enfermedad contraída en la actividad profesional, aunque haya casos de esa naturaleza. El ejercicio de la tortura es una actividad planificada, una conducta consciente, originada en los altos mandos. Explica entonces con dolor que la integración latinoamericana se había consumado ya, en los hechos, en la integración de sus policías, de sus ejércitos, en la actividad represiva en todos los países en que dominaban dictadores. En Brasil, en Chile, en Bolivia, en las repúblicas bananeras del Caribe, en Uruguay, oficiales de distintos ejércitos pero discípulos todos de las escuelas de instrucción de los Estados Unidos, ejercitan con probada eficacia el sometimiento al ser humano. Y reafirma estos conceptos indicando que la Comisión del Senado norteamericano que investigó la intromisión de ese país en América Latina -la ayuda de la Alianza para el Progreso a las policías y a los ejércitos del continente- comprobó el respaldo, la influencia y las enseñanzas norteamericanas. Y agrega que el Senador demócrata Frank Church así lo comprobó en su intervención de junio de 1972 y hace muy pocos meses -expresa- el Senador demócrata de Dakota del Sur, James Abourezk, denunció la ayuda militar norteamericana sosteniendo: "las dictaduras latinoamericanas usan nuestro dinero para reprimir y suprimir a sus propios pueblos".

Si se me permite, me referiré a algunos otros conceptos. Michelini denunció las torturas y los crímenes de los escuadrones de la muerte: la muerte de Castagnetto, la desaparición de Ayala, los asesinatos de Ramos Filippini, de Ibero Gutiérrez y muchos hechos más, enjuiciando claramente a los que denominó teóricos de la faena. Citando a un Juez de los Estados Unidos, planteó en 1972, en entrevista para Marcha: "¿Para combatir la delincuencia debemos practicar la delincuencia?". Porque no otra cosa que actos de delincuencia -subrayó- son la tortura, arbitrariedades, apremios físicos o morales y toda esa serie de procedimientos que la humanidad condenó en el fascismo, en las policías nazis o en los ejércitos colonialistas. Y cuando los golpistas comenzaron a hablar de moral, Michelini planteó: la moral no puede reducirse a ajustar horarios de los funcionarios, regimentar el uso de la locomoción oficial, controlar las designaciones burocráticas, impedir las licitaciones amañadas o los negocios con divisas, etcétera. Es mucho más amplio su concepto, comprende otras áreas, alcanza otras disciplinas. Por consiguiente, debe exigirse que el cumplimiento de esas normas de integridad abarque todos los aspectos de la vida del hombre, del ciudadano, del funcionario, del gobernante. Y afirma entonces: se sigue torturando a los detenidos y se les somete a las más indignas arbitrariedades. ¿Las Fuerzas Armadas creen que la tortura es moral? ¿Maltratar a los prisioneros es moral? ¿La denegatoria de justicia en que se incurre reiteradamente con ánimo inferiorizante, es moral? ¿Aplicar por los Jueces militares la ley con ánimo revanchista y sentido de odio, es moral? En última instancia, ¿es moral silenciar todos estos atropellos

invocando tácita o expresamente una solidaridad mal entendida y peor practicada?

Recuerdo, al respecto, que Gutiérrez Ruiz, también horrorizado, señalaba que no sólo era grave la tortura, sino que hubiese y se encontrase en este país gente que velada o subrepticiamente sostenía que más que torturar había que matar.

Hoy, a la distancia de estos planteamientos en los que resplandece la razón y la verdad de esas posiciones que fueron comunes, similares en las importantes figuras que hoy homenajeamos, siento que debo subrayar, en síntesis, lo dicho por Zelmar: la defensa de los derechos y el respeto al hombre, más allá de toda circunstancia, se inscribe en la vida de una nación con tanta fuerza como la exigencia de una conducta correcta y una vida limpia y decente.

Antes de finalizar, deseo señalar que Michelini, como nadie, ahondó y profundizó a tiempo -al solicitar amnistías y caminos de paz- en las causas de la violencia. Dijo alguna vez: la subversión está en la economía, en el infraconsumo, en el privilegio, en la arbitrariedad, en el abuso, en las listas negras de trabajadores, en las familias condenadas a la miseria; ahí están las causas. Pocos como él lo advirtieron y explicaron cuáles son los caminos hacia la paz y cuáles conducirían hacia la guerra.

Predicó contra la división de la nación en buenos y en malos, en patriotas y en traidores, y pugnó siempre por la paz. Ni él ni Gutiérrez Ruiz tuvieron enemigos declarados, pero ambos, por abanderados del futuro, fueron secuestrados y asesinados junto a dos jóvenes: William Whitelaw y Susana Barredo. Los cuatro quedarán en los textos, en la historia de este país, señalando a las sucesivas generaciones la condena a un régimen.

La historia pondrá las cosas en su lugar y estos hombres, como señaló el señor Senador Michelini, quedarán como dos hombres jugados en la defensa de la libertad y de los más altos intereses de este pueblo.

Por otra parte, querría señalar apenas algunas cosas que dirigió especialmente a los jóvenes. Señala Zelmar, hablando de la necesidad de organizar a las fuerzas políticas: "La democracia no es el voto ocasional ni las elecciones cada poco tiempo. Es, por el contrario, la vivencia diaria, en todos los minutos, de los problemas nacionales. Quien se interesa, gravita y decide. Quien permanece ausente, sin vivir la temática de la colectividad y sólo se refugia en su status, creyendo que con su concurrencia a las urnas cada cinco años cumple con su función cívica, está completamente equivocado. No vive en democracia; contribuye tan solo a una parodia. La indiferencia" -afirma- "es la antítesis de la toma de conciencia. Aquella es la que lleva a la supuesta mayoría silenciosa, marginada voluntariamente del drama nacional. Esta, por el contrario, es la que obliga a la pelea, a la actitud resuelta, a la militancia. Y la militancia, recuérdese bien, sobre todo por la juventud, es el arma principal de todo ser en la sociedad que vive".

Zelmar y Gutiérrez Ruiz estarán presentes otra vez, esta noche, en el seno de la multitud. En el silencio de la marcha, en la demanda de verdad y esclarecimiento de los hechos como paso necesario hacia una reconciliación auténtica, sin hipocresías, estarán -de una forma u otra- en el corazón de todos las palabras con que se cerró la oratoria ante el Tribunal Rusell y que Zelmar expresó con palabras del poeta: "honramos a los que se han ido para siempre; cantamos a los que, estando en la Tierra, ya están renaciendo con el trigo". En este caso -el de Gutiérrez Ruiz, el de Michelini, el de Whitelaw y el de Susana Barredo- la resurrección será permanente a lo largo de las generaciones que se irán encontrando con las raíces de nuestra democracia.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor Legislador Fau.

SEÑOR FAU. - Señor Presidente: séame permitido iniciar estas palabras con un profundo agradecimiento al Partido Colorado, al Partido Nacional, al Encuentro Progresista y al Nuevo Espacio, que habilitan la pluralidad de este homenaje. Quizá sea porque el Doctor Batalla y yo tengamos el privilegio de haber sido, junto a Zelmar Michelini y tantos otros, quienes fundamos una corriente de pensamiento político que hoy nos ha tocado aquí expresar. Tengan la absoluta certeza de que valoro en su real dimensión el gesto tolerante de todos mis colegas.

Mario Benedetti, en un poema al que se hizo referencia, incluye dos versos que me parecen especialmente expresivos. Dice: "únicos y plurales, fieles y hospitalarios". Creo que el valor de la pluralidad fue lo que caracterizó sustancialmente a estos dos hombres; es el fundamento que da razón a este homenaje que es el homenaje diverso en la pluralidad. Y siento que en ello debo enfatizar porque en el sistema en el que creemos, este valor de lo plural es un punto referente obligado.

Obviamente, el homenaje es para Zelmar Michelini y Héctor Gutiérez Ruiz. Por razones que vuestra inteligencia comprende, estuvimos unidos humana y políticamente a uno de ellos.

De Gutiérrez Ruiz recuerdo encuentros casuales como aquel último domingo de noviembre en la ciudad de Tacuarembó, en 1971, donde, por mandato partidario, fuimos a hacer política. Las autoridades electorales habían prorrogado el cierre de los locales de votación porque en Montevideo habían quedado muchas personas sin poder sufragar. Gutiérrez Ruiz atraviesa la calle principal, se introduce en la sede partidaria que nosotros integrábamos y nos dice: "aquí no queda nadie por votar, ¿por qué no cerramos las mesas?" Lo entendí; lo comprendí. En el fondo lo que ocurría era que Gutiérrez Ruiz había sido electo Diputado y el candidato a la Intendencia que él había apoyado ya era Intendente de Tacuarembó. El Partido Nacional otra vez había ganado en aquellas tierras y él, humana y francamente, no entendía cómo

teníamos que esperar dos horas más para que los blancos festejaran su triunfo legítimo en aquel lugar tan alejado de la capital.

Lo de Zelmar Michelini es distinto; está vinculado a nuestra propia existencia política. Con él dimos creación a una expresión que en treinta y cuatro años sabe, como obra humana, de luces y de sombras; pero nos consta la pasión, el entusiasmo y todo lo que él puso para generar esa corriente de pensamiento -¡vaya si en definitiva es victoriosa!- basada en ideas que están dispersas en más de un escenario político y que continúan siendo -pese a esas divergencias- un referente común.

Michelini era un político muy convencido, muy fervoroso, e hizo de esa actividad de servicio supremo una manifestación de dos enormes virtudes: la ternura y la amistad.

No sé si la vida nos prodigará el privilegio de conocer a una persona más tierna que Zelmar Michelini. Su ternura se expresaba a través del gesto de solidaridad para con el correligionario que venía en busca de un apoyo, o en aquel "lobby" del hotel Liberty, en Buenos Aires, donde jamás preguntó origen, color, ideología o afinidad para sentirse solidario y comprometido con tantos perseguidos.

La amistad la tenía acendrada visceralmente. Cuando un amigo era atacado, primero lo defendía y después indagaba; pero nunca dudaba de aquel en quien había depositado su confianza y de quien depositara la suya en él.

Tampoco creo que la vida nos pueda aportar a otro hombre que haya hecho de la amistad un valor tan importante como él.

Ambos fueron figuras señeras en esta Casa. Por esta razón, habrá homenajes muy justificados y podrán ser iguales a éste, pero ninguno superior; siempre pensaron que sus convicciones, sus compromisos y sus luchas debían ser libradas en el marco institucional e hicieron de la representación ciudadana -que tantas veces pudieran obtener- un valor superior y supremo.

En un momento turbulento de la República, cuyo debate parece resistirse a no terminar, los dos tuvieron características comunes. En primer lugar, la tolerancia; los dos asumieron que se podía pensar distinto, que se podía tener una visión diferente. Creyeron en el acuerdo como la mejor expresión de un trabajo político serio y responsable. Las democracias más sólidas son las que emanan de los acuerdos de las grandes voluntades políticas y sociales. Gutiérrez Ruiz y Michelini creían en esas democracias y por eso creyeron en los acuerdos.

También creyeron en la paz; ninguno de los dos fue violento; al contrario, la vida democrática, institucional, republicana fue lo que animó sus conductas.

Pero por sobre todas las cosas, aun en la adversidad y en la contrariedad, siempre tuvieron fuerza para desplegar la esperanza. Nunca se rindieron a la tragedia ni a la adversidad; siempre pensaron que había una cumbre que conquistar y generaron en la gente la idea de que la esperanza era posible.

Vamos a analizar la lucha parlamentaria de Zelmar Michelini primero, como defensor del Gobierno durante dos Legislaturas. Se sentaba en las primeras bancas. Ingresó con un conjunto de Legisladores jóvenes. La visión permanente del pensamiento de Luis Batlle hizo que apostara a la juventud, y por eso nutrió a su corriente política de elementos jóvenes, con pensamiento abierto y sin ataduras ni compromisos. En la segunda Legislatura ya era el líder y vocero de su Bancada; un hombre consustanciado con la responsabilidad del Gobierno.

Luego fue opositor, duro, firme, pero responsable. En ese momento gobernaba el partido adversario, después de noventa y tres años en los cuales los destinos de la República habían estado en manos del Partido Colorado, que él integraba. El Partido Nacional estaba en dificultades muy serias y difíciles de salvar. No se contaba con los votos necesarios para que el país tuviera su Presupuesto General de Gastos. Entonces, Michelini dio el paso antes de que lo vinieran a buscar. Sólo pidió dos cosas: que se contemplara la educación y la salud. Dialogamos con dos grandes blancos, Juan Pivel Devoto y Fernando Oliú, que en esa ocasión tenían la responsabilidad del Ministerio de Instrucción Pública. Con esos dos caballeros de la política uruguaya se hizo uno de los acuerdos históricos de mayor relevancia, bajo una consigna que fue la única que utilizó Michelini. En esa oportunidad dijo lo siguiente: "para nosotros primero está el país". Luego nosotros incorporamos esa consigna a nuestro accionar político.

Después vinieron otras épocas difíciles, cuyos debates deberán ser asumidos en su debida dimensión. No tengamos miedo a las palabras. Sus últimos tiempos en este Parlamento fueron en defensa de los derechos humanos. Fue un hombre comprometido con su convicción y tuvo el valor inmenso de jugarse hasta el extremo en la defensa de esos valores. Utilizó su valentía para defender a su hija, y empleó la misma valentía para defender a la hija de cualquier otro ciudadano que en el país pudiera estar sufriendo el desconocimiento de un derecho humano. ¡Con qué estilo lo hizo! ¡Con el estilo del respeto y la responsabilidad! Jamás lanzó un nombre al aire sin tener el conocimiento cierto y seguro de que las pruebas lo respaldaban. Cuando las tuvo, prefirió el escenario natural y reservado de una Comisión parlamentaria, ya que no le preocupaba la denuncia ni el escándalo sino que no se volviera a repetir el desconocimiento a un derecho humano.

Ese fue el estilo de Zelmar Michelini en el Senado y en la Asamblea General: duro e implacable, pero cargado de respeto; de ese respeto que permite que hoy todos los partidos le podamos tener consideración y nos sintamos obligados a este homenaje.

Enrique Martínez Moreno, uno de sus amigos más entrañables, en uno de los libros escritos sobre Michelini, dijo que Zelmar nunca suponía malas intenciones porque estaba programado para la lucha franca. Nunca desconfió del adversario, ni pretendió encontrar una segunda intención en él. Siempre lo valoró y lo respetó. El, que era tan bueno y tan tierno, no podía concebir que la ternura y la bondad no animaran también a aquel que tenía un pensamiento opuesto al suyo.

Por eso este hombre abierto, este dirigente bancario, empresario con más fracasos que triunfos, líder político y social, no tenía ideologías. Lo dijo más de una vez; no creía en ellas, creía sí en las ideas. Por esta razón, y sin ánimo polémico, digo que ese conjunto de ideas fueron las que inspiraron su vida, y cuando él abandonó el lema al cual había dedicado buena parte de su vida, dijo: "Lo dejo para seguir siendo batllista". Y fue algo que reiteró y repitió una y mil veces.

Creo que estos homenajes sirven si son para unir y no para dividir. Siento que si esa es la voluntad colectiva, estos homenajes valen y se proyectan. No sé dónde estarían ellos, dónde estarán en unos momentos o en el futuro; de lo que no tengo dudas es de que hoy están acá, en la institucionalidad democrática del país en la que creyeron, en las buenas y en las malas. Y su presencia es hoy, aquí, un valor común que nosotros compartimos.

Mis convicciones, tan respetables como las de los demás, me hacen tener la certeza de que ellos están en la tierra, de que sembraron semillas fértiles, y esas ideas nobles por las que tanto dieron, seguramente ya han germinado. Y tenemos la esperanza de que sigan germinando.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor Legislador Hierro López.

SEÑOR HIERRO LOPEZ. - Señor Presidente: el Partido Colorado asiste a este homenaje aún con dolor, con emociones y también con esperanza.

Estamos aquí los colorados para decir a los representantes de la voluntad popular que creemos que este es un acto de unidad nacional. Asistimos a este homenaje con ese espíritu, el espíritu de crear otra vez entre todos la unidad nacional.

Naturalmente, quisiéramos decir a los familiares de Zelmar Michelini y de Héctor Gutiérrez Ruiz palabras que pudieran reconfortarlos. Ellos son nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo; aquí está nuestra ex colega Matilde, mirándonos y escuchándonos; aquí están los hijos de Zelmar. Uno de ellos, Rafael, con quien quizá tengamos estos días diferencias para enfocar estos temas, ha tenido la grandeza y el coraje de hablar como lo hizo.

Quisiéramos decir a sus familias palabras que, en todo caso, contribuyeran a mitigar su dolor. Pero, en realidad, más que de sus muertes venimos a hablar de sus vidas; venimos a hablar los colorados del recuerdo que aún tenemos de Zelmar. En nuestros clubes y asambleas, cada vez que se reúnen los colorados y batllistas, a más de treinta años de que Zelmar tomara otros rumbos, hay quienes se levantan para recordarlo y para decir que aún lo están escuchando, que aún están viendo su sonrisa y esa ternura a que se refería el señor Legislador Fau.

Tengo un recuerdo imborrable de cuando lo acompañé a una gira por el departamento de Río Negro: Zelmar era el hombre que, además de apasionar multitudes, repartía caramelos. Iba con el bolsillo lleno de caramelos para dárselos a los niños y a las señoras, a la gente que lo estaba escuchando. Eso es todo un símbolo de su forma de ser.

La mayoría de los Legisladores colorados no tuvo oportunidad de tratar a Gutiérrez Ruiz. Sí, hemos visto esas fotografías impresionantes de un hombre tan viril y fuerte.

Hace diez años, se dijo aquí, en esta Asamblea, que eran muy distintos. Que Zelmar era como el aire y el fuego, que representaba el espíritu de la ciudad libertaria, y que Gutiérrez Ruiz era como la tierra, era telúrico, tenía la fuerza hispánica.

Sinceramente, hubiera querido conocerle, para tratarlo, escucharlo, quizás para discutir con él -como hacemos los políticos- y, sobre todo, para respetarlo.

Siento que ambos, Gutiérrez Ruiz y Michelini, fueron notablemente uruguayos, por su inteligencia, por el sentido que para ellos tenía la representación popular y por el coraje y la abnegación que demostraron.

Nadie puede saber si una vez que estaban en Buenos Aires conocían su destino. Lo que es claro es que su coraje les llevó a no escaparse del destino. Lo enfrentaron con la alegría en el sentido etimológico del término, con que los grandes uruguayos hacen estas cosas.

Es por eso que estamos rindiendo homenaje a los hombres, a sus virtudes morales y cívicas, y a sus familias. Estamos mirando con profundo respeto su dolor y lo que esto ha significado en estos años.

Es cierto, además, que queremos rendir homenaje a algunas otras cosas. Venimos con sentido de unidad nacional a rendir homenaje a un gran dirigente blanco y a un gran dirigente colorado, que luego militó en otro Partido. Es aquí, como decía el señor Legislador Fau, donde está el país plural. En esta Asamblea, por suerte, estamos todos quienes resultamos electos por la voluntad popular.

Sin ser muy ampuloso, diría que es la nación la que rinde homenaje. Los países hacen bien en mirar para atrás y detener su pulso por un instante para recordar estas cosas. Aquí no somos blancos, colorados, frenteamplistas ni nuevoespacistas. Senadores y Diputados de la nación, representantes

del pueblo, alzamos nuestra voz común y colectiva para decir a Uruguay en su conjunto que los seguimos recordando, día a día, por todo lo que ellos significan. A ellos, y a tantos otros también, pero en el día de hoy especialmente a ellos por lo que representan, por lo horrible de sus muertes y por el símbolo que veinte años después siguen siendo.

Seguramente los uruguayos de hoy somos mejores y más tolerantes que los de 1973 y 1976 y tenemos mayor capacidad de paz; desde cada una de nuestras parcialidades tenemos mayor ansiedad del porvenir. Seguramente, estamos en mejores condiciones para construir el futuro del país.

Los uruguayos de hoy sabemos el valor de la democracia mejor de lo que podíamos conocerlo entonces; y estamos en condiciones, con humildad pero con coraje, de construir y de contribuir a construir, a través de nuestras parcialidades, un país mejor para nuestros hijos.

Aunque a nuestros amigos, los familiares de Gutiérrez Ruiz y Michelini, les parezca poco, digo que hoy somos mejores, porque entre otras cosas la sangre de ellos no ha caído en vano.

En este sentido, la conmemoración que hace la Asamblea General está dando cuenta de que el país está mirando el porvenir con un sentimiento de unidad nacional y de paz y que, con ellos, estamos construyéndolo.

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor Legislador Palomeque.

SEÑOR PALOMEQUE. - Señor Presidente: hace apenas unas pocas horas fui enterado de que debía representar al Partido Nacional en esta solemnidad, destinada a rememorar, junto a la personalidad de Zelmar Michelini, a una de las figuras más emblemáticas de los partidos tradicionales -o mejor dicho, de los partidos fundacionales, como le gusta decir al señor Legislador Santoro- inmolados ambos en defensa de los valores democráticos, en tiempos que Bruschera denominara décadas infames.

La representación de mi Partido no será obstáculo para que centre mi evocación en referencias puramente personales. Héctor Gutiérrez Ruiz era cariñosamente apodado "Toba". Quizás esa peculiar relación que mantuve con él durante su actuación legislativa haya sido la determinante principal que mis pares consideraron al indicarme el deber que tenía esta tarde de hablar en su nombre.

No tuve con él un acercamiento de amistad íntimo; no lo acompañé a fiestas ni a celebraciones; no fui con él a tanguerías ni al Hipódromo, por los que tenía especial preferencia como ocupación distendida del tiempo de sus ocios; ocios que eran pocos porque fue hombre de trabajo infatigable. Y esta laboriosidad, esta capacidad de trabajo, esta energía de incesante fluir aplicada a todo lo que fuera trabajar por la cosa pública, constituye la primera nota relevante de la definición de lo que fue su persona.

Lo traté por primera vez en 1967, cuando la bancada herrerista me nombró Secretario, ocupación que compartí con Gladys Isabella y Diana Di Merlo. Presidía aquel sector parlamentario don Mario Heber y el Vicepresidente era Walter Santoro; Alberto Gutiérrez Chirimelo, Benito Medero, Luis Vidal Zaglio, Nelson Moré, Luis Alberto Salgado y Héctor Gutiérrez Ruiz -el más joven de todos- completaban el grupo. La mitad de ellos inauguraba su actuación legislativa. No había diferencias pues para todos existía una especie de deber, de imperativo de aprendizaje, porque la Constitución actual -que entonces comenzaba a regir- había establecido un nuevo relacionamiento institucional entre los Poderes, había dilatado el mandato y limitado las potestades del Legislador en cuanto a la iniciativa.

Comenzaban también a insinuarse, ante el asombro de la sociedad adormilada, muy graves conflictivas sociales -que luego definirían toda una época- y a esbozarse clivajes y enfrentamientos, que desbordando las previsiones ingenuamente optimistas del uruguayo medio, que vivía aún las últimas expresiones de lo que podemos llamar el bostezo de prosperidad, llegaron a arrastrar en una vorágine, a teñir de sangre todo un período y a enlutar en forma irreversible los sentimientos de la nación.

Mi primera impresión sobre Gutiérrez Ruiz -por lo que él comentaba y censuraba, por sus afirmaciones en la bancada y en el Parlamento y, sobre todo, por su comportamiento político- era que me encontraba frente a un hombre íntegro, de intachable estructura moral, que rechazaba visceralmente cualquier modalidad de impostura, de deshonestidad o de corrupción moral. Entiendo que ésa fue una faceta básica de su persona, pero mi permanencia en la bancada me permitió apreciar muchas otras. Fue ahí que advertí cómo comenzó a manejarse con solvencia inusual el novel Diputado Gutiérrez Ruiz. No se dejó confundir por la maraña de acontecimientos con que cada mañana nos sorprendían los diarios; creo que vio claro donde otros veíamos confusión, caos, desorden. Supo orientarse en medio del absurdo de la violencia hacia caminos de salidas que no implicaran quiebras irreparables de la convivencia social y del Estado.

Esa es una segunda nota a destacar: la claridad de pensamiento, la agudeza de su capacidad perceptiva, la mirada penetrante -diría yo- para buscar resquicios imperceptibles en la trama de la selva social.

En 1970, junto con Pedro Chiesa y Walter Santoro generaron un movimiento de extracción herrerista, que orientó sus actividades en el mismo sentido moralizador que estaba persiguiendo antes, y que coincidió con el que venía desarrollando Wilson Ferreira Aldunate, con quien finalmente aunaron esfuerzos, constituyendo el Movimiento "Por la Patria", nominación de ineludible referencia saravista. Este Movimiento de cuño herrerista, en su etapa preliminar y en discrepancia

coyuntural con la bancada a la que antes pertenecía, se erigió en sector legislativo que se autodenominó "Sector con Herrera, Independencia, Nacionalidad, Americanismo", cuyo cartel indicador se pegara entonces en la puerta del local que la Secretaría le adjudicare y que he conservado no sin emoción y tengo aquí a la vista.

De esta serie de episodios extraigo dos notas esenciales que contribuyen a delinear un perfil caracterológico de Gutiérrez Ruiz. Una es la rebeldía; era conciliador y dialoguista, pero no se dejaba reglamentar cuando entendía que se lesionaba su libertad de opinión o su derecho a inclinarse por las opciones que consideraba más estimables. Otra es el sentido de la historicidad. Tenía particular devoción por el partido fundacional a que pertenecía y correlativamente un respeto escrupuloso por la ejecutoria de los hombres maduros del Partido, a quienes escuchaba sin sojuzgarse, pero siempre en disposición de aprender, porque sabía que la política es cambiante y proteica, de modo tal que casi no hay reglas técnicas para orientarse. Pero también había llegado a comprender cuánto de relevante puede extraerse como experiencia de la frecuentación de los hombres que han luchado toda su vida por sus ideales en el llano y sin otra perspectiva que la de consagrar principios valiosos para la coexistencia pacífica con los demás.

En 1971, la ciudadanía le renovó su mandato como parlamentario y, al comenzar el período legislativo fue electo Presidente de la Cámara, así como también al año siguiente, hasta que sobrevino en el año 1973 la quiebra institucional. Una de sus primeras medidas fue llamarme, en mi calidad de funcionario de esta Casa, a colaborar con la gestión de su Presidencia. Allí también estuvieron en lo sucesivo y para cumplir con el mismo cometido dos inolvidables compañeros: Sergio Chiesa, entonces joven estudiante, e Inés Lacalle. Allí fue que lo vi desarrollando una increíble actividad de relacionamiento político con dirigentes, sectores y movimientos del espectro nacional.

El enseñó -para quien pueda verlo así- que la política es un continuo fluir de transacciones, que el diálogo siempre es fecundo y que el trato personal, el mano a mano existencial, el estar -como decía Buber- "dos en recíproca presencia", es el instrumento vital más enérgico y más decisivo para que los hombres se entiendan. No sé si dijo alguna vez -pero estoy seguro de que actuó como si lo hubiera dicho- que no hay forma de entenderse entre los hombres sin el acercamiento, sin la proximidad, inclusive física, y sin permitir que quede reverberando la sensación cálida que produce el apretón de manos, símbolo de unión de lo diverso, de respeto y también de afecto.

Fue un espíritu profundamente conciliador, y ese es otro rasgo capital de su arquitectura humana. Este rasgo se complementaba con otro concordante: era un ejemplar humano de conversación fluida y muy atractiva. Charlar con él era siempre grato, y no es ocioso señalar esta peculiaridad como factor coadyuvante del éxito que casi siempre obtuvo en sus gestiones con unos y con otros. Por la Presidencia de la Cámara desfilaron por primera vez -según mi conocimiento- la totalidad de los dirigentes políticos. Me consta que hasta debió enfrentar -y lo hizo con razones- la crítica de sus propios compañeros de filas, que le reprochaban demasiada interacción, exceso de contactos y de familiaridad con sus adversarios. Los tiempos aún no estaban maduros para diálogos suprapartidarios de carácter nacional, y los prejuicios maniqueos que venían del pasado, más el temor de que la opinión pública -mediatizada por la prensa- interpretara desfavorablemente los intentos de diálogo, alimentaban aquella preocupación.

Es que Gutiérrez Ruiz no olvidaba el mensaje de la historia: Timoteo Aparicio, de cultura ágrafa -como todos sabemos- pero que defendía los valores más altos de la civilidad, el hombre de coraje legendario que se batió personalmente a lanza seca contra jefes contrarios, mientras los luchadores atónitos detenían el combate para observarle, fue capaz, después de Manantiales, de decir a su adversario que si era la divisa el verdadero obstáculo para la paz, se la quitaba y la guardaba para que la paz fuera alcanzada, pero que, por supuesto, no la tiraba.

Gutiérrez Ruiz tenía una mentalidad exquisita. Recuerdo un análisis sobre la metafísica del Padre Teilhard de Chardin, que desarrolló mientras gentilmente me alcanzaba en auto a mi lugar de estudio. Esta fineza espiritual, producto de su pasaje por nuestra Facultad de Derecho y de sus estudios humanísticos en España, pero por sobre todo de su cultura autodidáctica, configuró definitivamente un tipo humano ejemplar, excepcional, que seguramente estaba destinado a cumplir un papel relevante en el proceso de engrandecimiento de la nación.

Después, los sucesos se encadenaron de manera dramática y las acciones humanas individuales se vieron desbordadas por secuencias sociales de incontenible fuerza. La tragedia enlutó a su familia y también hirió los quereres más sensibles de su Partido. El misterio ha envuelto hasta ahora las circunstancias de su infortunada muerte: sus causantes, sus oscuros designios.

Cabría aquí, si el señor Presidente me lo permite, dar lectura a un trozo de una fina evocación del ex Legislador Alembert Vaz. Dice así: "Quince días antes de su asesinato fuimos a Buenos Aires a pedirle que se fuera de la Argentina porque presentíamos que las sombras del crimen lo estaban acechando. Le expusimos nuestra preocupación y nuestra angustia. No lo creía ni nos creyó, imbuido como estaba de la fraternidad humana. 'Yo no tengo enemigos' -nos dijo- `no los tengo en el Gobierno, no los tengo en la oposición y no los tengo en el seno de las Fuerzas Armadas. Al contrario' -agregó- 'allí abundan mis amigos', lo cual" -añadía Alembert Vaz- "no respondía a la realidad de los hechos pero sí a la más profunda e íntima convicción de sus sentimientos solidarios, de su confianza en la bondad natural de los seres humanos, de su concepción idealizada del pluralismo de las ideas".

Señor Presidente, señores Legisladores: no consuela el alma saber que, como dijera Nietzsche, se debe abandonar la vida como Ulises a Nausícaa, bendiciéndola pero sin enamorarse de ella. Todos los años pasamos frente al día y la hora de nuestra muerte -decía Julian Green- como quien va por una calle y no advierte que hay una puerta en la que en algún momento, irremediablemente, deberá entrar.

Desde aquel 20 de mayo en que lo perdimos han transcurrido dos décadas. El Partido Nacional, que tuvo desde su surgimiento histórico vocación de ser partido de la nación -y por ello también la propia nación lo recuerda con entrañable afecto y lo ha exaltado al lugar de los grandes- cuya peripecia vital que simboliza los valores supremos del civismo, de la democracia, de la República y de la libertad.

5) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. - Se levanta la sesión.

(Es la hora 18 y 42)

DR. HUGO BATALLA
Presidente

Don Mario Farachio
Don Martín García Nin
Secretarios

Don Juan Oscar Lorenzo
Director General interino del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes

Corrección y Control de la Impresión
División Publicaciones del Senado

Dep. Legal N° 205148/96